

Anna Casanovas

4 HORIZONTAL: ROMA AL REVÉS



© Anna Turró Casanovas, 2008

Este relato no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del propietario. Todos los derechos reservados.

Diseño portada: © Marina Turró Casanovas, 2008 – Web: www.marinaturro.com

Depósito Legal: B-2949-09

ANNA CASANOVAS

4 HORIZONTAL: ROMA AL REVÉS

1

Amanda salió de la revista media hora más tarde que de costumbre. Sam estaba un poco saturado de trabajo: Gabriel seguía en Barcelona, él y Ágata habían hecho las paces y no regresarían a Londres hasta la siguiente semana. Se alegraba mucho por ellos; Gabriel se merecía ser feliz y la española, además de conquistar a uno de sus mejores amigos, era una chica fantástica a la que también echaba de menos. Se dirigió hacia el metro y bajó las escaleras silbando. La semana había empezado bien e iban recuperando la normalidad poco a poco. Los últimos meses habían sido una locura y Amanda, como secretaria de Sam, el director de la revista, había ido de cráneo e incluso había llegado a temer que *The Whiteboard* cerrara para siempre. La publicación había vivido momentos muy críticos cuando artículos aún por publicar habían aparecido impresos en la competencia. Afortunadamente, Sam y Gabriel supieron reaccionar a tiempo y pocos días atrás habían atrapado al ladrón. Por fin había vuelto la calma, aunque debido a la ausencia de su mano derecha y redactor estrella, Gabriel, Sam seguía muy liado y hoy la había retenido allí más de lo habitual, pero no le importaba, tampoco tenía a nadie esperándola en casa.

La puerta del vagón se detuvo justo delante de ella y Amanda entró y se sentó en el extremo de uno de los bancos, pegada a la salida. Se colocó el bolso encima del regazo y sacó el periódico; ahora empezaba uno de los mejores momentos del día: el crucigrama. Le encantaba resolver crucigramas; se había aficionado a ello de pequeña, cuando su padre la retaba a que los terminara antes que él y, si lo lograba, le daba una piruleta. Por aquel entonces una piruleta, de esas rojas color sangre, era el mayor de los tesoros, sobre todo teniendo en cuenta que su madre era dentista y le tenía prohibido comer caramelos. El trayecto hasta su pequeño apartamento duraba media hora, ocho paradas encerrada en un metro abarrotado, pero así tenía tiempo para resolver el crucigrama entero y, para seguir con la tradición, comprarse una piruleta en el quiosco que había al salir. El altavoz anunció su estación y a Amanda aún le faltaban un par de palabras. Bueno, aquel día no lo había logrado. Guardó el bolígrafo y se puso de pie. Las puertas se abrieron.

-Madagascar.

Al escuchar la voz, Amanda se giró y vio a un chico mirándola.

-¿Perdón?

El metro empezó a pitar para anunciar su salida.

-Once vertical –dijo él con una sonrisa-. Madagascar.

Las puertas se cerraron a la vez que él le guiñaba el ojo.

Atónita, Amanda miró su periódico.

«11 vertical: Nación insular situada en el Océano Índico, frente la costa sudeste del continente africano, a la altura de Mozambique.»

-Madagascar –pronunció en voz alta para sí misma, mientras recuperaba el bolígrafo allí mismo para escribirlo. Ahora sólo le faltaba una palabra. Desvió la mirada para releer la otra definición y, ahora sí, dio con la respuesta. Había acabado el crucigrama.

Caminó contenta hacia el quiosco y sin cuestionárselo demasiado, compró no una sino dos piruletas: una para ella y otra para su misterioso, y demasiado atractivo para ser real, ayudante. A pesar de que estaba convencida de que era imposible que volviera a verlo, Amanda se guardó el caramelo en un bolsillo del bolso, por si acaso. Entró en su casa, se quitó los zapatos (usar tacones era uno de sus pocos vicios) y fue a la cocina para ver qué podía prepararse para cenar. Las opciones se reducían a dos: leche con galletas o lasaña congelada. Optó por la lasaña, e incluso se premió con una copa de vino. Estaba contenta: el hermano listo de Brad Pitt -había decidido llamar así al chico del metro, pues tenía unos rasgos similares a los del actor pero con gafas y el pelo más desaliñado- le había guiñado el ojo. A ella. A Amanda Sole, castaña, de metro y medio y con una figura con demasiadas curvas para los cánones actuales. De pequeña le había preocupado, ahora ya no; había pasado de «gordita» a «voluptuosa». No se engañaba a sí misma, no era Mónica Belluci ni Sophia Loren, pero había aprendido a vestirse y sabía sacarse partido... aunque a veces tenía ganas de gritarles a ese montón de sacos de huesos que poblaban la capital británica que se fueran al infierno. «La envidia es un pecado, le decía siempre su abuela.» Y ella pecaba... Pero bueno, ahora, con veintiséis años, y después de varias dietas fallidas y sesiones maratonianas en el gimnasio, había aprendido a quererse a sí misma y era feliz.

Al día siguiente Amanda podría haber salido puntual pero prefirió mandar un par de e-mails más y así coger el metro a la misma hora que el día anterior.

Mientras bajaba las escaleras trató de convencerse de que no lo hacía para ver a ese chico, sabía que era imposible, pero no sirvió de nada y cuando no lo vio en la estación perdió el buen humor. Se sentó en un banco y, justo cuando iba a colocar el periódico en su regazo, él entró y las puertas se cerraron. Llevaba el pelo igual de despeinado que el día anterior y tras dejar la bolsa en el suelo se colocó bien las gafas. Giró la cabeza a ambos lados, como si buscara a alguien, y cuando sus ojos

se toparon con los de ella, sonrió. Amanda giró la cabeza, pues pensó que debía de saludar a alguien que estaba tras ella y no quería hacer el ridículo, pero a su lado sólo había una anciana totalmente ajena a lo que estaba pasando. La había sonreído a ella, así que le devolvió la sonrisa. Estaba muy guapo pero se le veía cansado; estaba apoyado contra la barra de hierro que hay para sujetarse y un montón de colegialas impedían que pudiera acercarse a ella. Tenía que dejar de mirarlo, y cuando vio que él echaba la cabeza hacia atrás y cerraba los ojos, optó por concentrarse en el crucigrama. Pasaron seis paradas y el vagón, aunque había cambiado de inquilinos, seguía estando abarrotado. Levantó la vista hacia el lugar que había ocupado el hermano de Brad y vio que ya no estaba. Iba a suspirar cuando escuchó:

-Kilimanjaro.

Alzó la cabeza y lo vio de pie junto a ella. Había aprovechado esos minutos para cambiar de sitio.

-Doce vertical. –Señaló con un dedo.

Amanda miró el crucigrama.

«12 vertical: Volcán situado en el parque nacional homónimo en Tanzania, que con sus 5.895 m es la montaña más alta de África.»

-Kilimanjaro. Me encanta la geografía –dijo a modo de explicación.

-Es obvio que a mí no. –Apuntó la palabra-. Gracias.

-De nada.

¿Tenía que decir algo más? ¿Qué? A ella no le pasaban esas cosas, ella no era una de esas chicas audaces y pícaras que siempre saben qué decir. No, ella era sólo Amanda.

Los altavoces anunciaron su parada y empezó a levantarse. Guardó el periódico y el bolígrafo en el bolso y, al hacerlo, tocó la piruleta. Lo pensó un segundo; no, la verdad es que no lo pensó. Decidió arriesgarse.

-Es para ti. –Le dio el caramelo-. Por lo de ayer. –Vio que él la miraba atónito-. Por ayudarme a terminar el crucigrama. –Ya iba a retirar la mano cuando él cogió la piruleta.

-Gracias. –Se la guardó en el bolsillo.

El vagón se detuvo y abrió sus puertas.

Tenía un pie ya fuera, cuando él le colocó una mano en el hombro.

-Me llamo David.

Sonó el timbre y ella lo miró a los ojos.

-Amanda.

Apartó la mano para que no se la pillaran las puertas.

-Capadocia. -Le guiñó el ojo-. Diez vertical. Me debes otra piruleta. -Sonrió, y desapareció junto con el tren.

Amanda miró el periódico.

«10 vertical: Región histórica de Anatolia central, en Turquía, que abarca partes de las provincias de Kayseri, Aksaray, Niğde y Nevşehir.»

No pudo evitar sonreír. Había vuelto a terminar el crucigrama, y al salir compró dos piruletas: una para ella y otra para David. Siempre le había gustado hacer crucigramas pero si hubiera sabido que hombres como ese compartían también esa afición, se lo habría tomado más en serio.

Amanda se dijo que no estaba nerviosa. Cuando Jack le preguntó por qué se había puesto cuatro cucharadas de azúcar en el café y no dos como de costumbre, le respondió que necesitaba glucosa. En realidad se había olvidado de contar. Y cuando Sam le dijo que ese día podía salir antes, ella fingió tener trabajo pendiente. Amanda nunca tenía trabajo pendiente.

A la hora señalada, ni un minuto antes ni uno después, se dirigió hacia el metro. Subió al vagón, y no vio rastro de David por ninguna parte. Las puertas se cerraron y el metro salió de la estación sin que él apareciera. Suspiró, ya sabía que esas cosas sacadas de película a ella no le sucedían. Le escocieron un poco los ojos. Vaya tontería. No iba a llorar por algo así. Sacó el periódico, y lo abrió por la página del crucigrama. Ojalá tuviera una pastilla de chocolate a mano. Ese día no se compró ninguna piruleta. A decir verdad, pasó junto al quiosco mirando hacia el otro lado, y al llegar a casa se cambió en seguida. Ponerse esa blusa entallada había sido una soberana tontería. Cenó pasta y fue a acostarse aún enfadada. Era mejor estar enfadada que dolida.

David cruzó la calle como alma que lleva el diablo, saltó los escalones de la parada de metro de dos en dos y esquivó a todas las ancianas que se interponían en su camino... pero nada evitó que se le escapara el tren.

Se quedó de pie viendo cómo el túnel engullía el último vagón y maldijo por enésima vez al estúpido de su jefe por haber organizado una reunión a última hora. Había tratado de salir puntual, pero no, el imbécil de Andrew no callaba, y él no podía dejar de mirar el reloj. Si perdía el tren no vería a Amanda.

Amanda. El nombre se le ajustaba como anillo al dedo. Era bonito y sensual, pero a la vez dulce, como un susurro. El lunes, cuando la vio por primera vez, casi se queda sin habla. Se la veía tan concentrada, tan preocupada con ese

crucigrama, y tan ajena a lo sensual que estaba mientras mordía ese bolígrafo. Él, que llevaba casi un año sin sentir el más mínimo atisbo de deseo, había dado gracias a Dios por haber llevado la bolsa precisamente ese día y poder así ocultar lo excitado que estaba. Eso no era normal. Al menos no para él. Se pasó más de diez minutos pensando en cómo acercársele y cuando vio que iba a bajar, supo que tenía que arriesgarse. Además, se moría de ganas de decirle que una de las palabras que le faltaban era «Madagascar». Al día siguiente, cuando ella le dio la piruleta, tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para no besarla. Se contuvo por dos motivos: primero, seguro que lo arrestarían, y segundo, ella no querría verlo más. Y pasara lo que pasara, quería seguir viéndola. Después de ese año horrible, quería seguir viendo a Amanda. Necesitaba recordar que no todo el mundo era como Eva y Charles.

El jueves Amanda salió a la hora habitual, es decir, a la de toda la vida. La noche anterior había decidido aterrizar en el planeta tierra y olvidarse de David y de todas las películas románticas del mundo. Salió de la revista y se compró una chocolatina como premio por haber tomado una decisión tan madura. Llegó al metro, subió y... cuarenta minutos más tarde abrió la puerta de su casa furiosa por no haber terminado el crucigrama; ese día tenía más topónimos que de costumbre. Leyó un rato y se fue a dormir jurándose que no iba a soñar con guapos desconocidos que guiñan los ojos en el metro.

David maldijo su suerte y, a juzgar por el modo en que le miró la anciana que tenía al lado, las palabrotas que soltó fueron de lo más explícitas. Amanda no estaba en el vagón. Ni tampoco en la estación. Mierda. Al llegar a su parada, bajó y, mientras recorría el camino que faltaba hasta su casa, decidió que no iba a resignarse. Ni hablar. ¿Qué sabía de esa chica? Nada. No, eso no era cierto. Sabía que le gustaban los crucigramas, que tenía la sonrisa más dulce que había visto jamás, que le gustaban los caramelos, que tenía los ojos preciosos, que cogía el metro a la misma hora que él y que se bajaba dos estaciones antes. Con eso había bastante. Si él era capaz de crear el mejor programa del mundo para cualquier banco, bien podía dar con su misteriosa Amanda.

Llegó a su casa; con el dinero de la venta del piso había decidido comprarse una pequeña y destartalada casa en las afueras. Eva quería vivir en el centro de la ciudad, él no; en realidad lo odiaba. Odiaba las multitudes y los ruidos; le gustaba muchísimo estar allí y poder ir remodelando poco a poco todas las habitaciones. El

edificio había vivido tiempos mejores pero emanaba personalidad y estaba seguro de que lograría recuperar su viejo esplendor. Dejó la bolsa con el portátil en la mesa del comedor y fue a la cocina que, junto con su habitación y el baño, era una de las pocas estancias funcionales. Bebió un vaso de agua y se puso a pensar. Amanda debía de trabajar cerca de la estación del metro, pero si él llevaba más de dos meses haciendo esa ruta y no la había visto antes, era señal de que ése no era su horario habitual. David se negó a plantearse la posibilidad de que ella no volviera a coger ese metro y de que su encuentro hubiera sido fortuito e irrepetible. No, al día siguiente iría a la estación media hora antes de lo normal y no se iría de allí hasta que la hubiera visto.

El viernes, por suerte para Amanda, fue un día muy ajetreado. Estuvo ocupada en el trabajo y así no tuvo tiempo de pensar en que aún no había resuelto el crucigrama del miércoles. Se negaba a mirar las respuestas y se negaba a llamar a su padre. Seguro que se moriría de risa si le contara lo que le había pasado. A la hora de comer, Jack le recordó que Gabriel y Ágata regresaban ese mismo fin de semana y que había pensado organizar una cena para el sábado. Ella aceptó encantada, no tenía ningún otro plan; se pasó la tarde pensando en las ganas que tenía de volver a ver a sus amigos. Menos mal que de vez en cuando los finales felices sí existían en el mundo real. Salió y caminó hacia la estación de metro decidida a no perder el buen humor, estuviera o no David, se sentaría en un banco y terminaría el crucigrama del miércoles, el del jueves y el de hoy. Así podría comprarse triple premio al llegar a su destino.

Llegó al andén y respiró hondo. No había nadie; mejor dicho, nadie que le interesara. Los altavoces anunciaron una avería en una de las vías y que, por lo tanto, esa estación estaría fuera de servicio durante una hora. Resignada, Amanda respiró hondo, dio media vuelta y se dio de bruces contra un torso.

2

-¿Estás bien? –le preguntó él sujetándola para que no se cayera.

-Sí, gracias. –Dio un paso hacia atrás-. ¿David?

-He venido corriendo –se excusó-. ¿Adónde vas?

Amanda tardó unos segundos en contestar; él ya no la sujetaba, pero estaba muy cerca. Demasiado para que pudiera pensar y vocalizar.

-Hay una avería –consiguió decir-. El metro no circulará hasta dentro de una hora.

-¿Te pasó algo ayer? –preguntó él mirándola a los ojos.

-No, ¿por qué? –Empezó a caminar hacia las escaleras para salir y él acompasó sus pasos a los de ella.

-No cogiste el metro. –Se colocó bien la bolsa.

-Sí lo cogí.

-Ah. –Vio que ella no le explicaba nada más y decidió ser el primero en arriesgarse-. Yo lo perdí el miércoles.

Ella iba a decirle que no se había dado cuenta pero él siguió hablando y lo que dijo la dejó sin aliento.

-Te he echado de menos estos dos días.

Amanda se paró en seco en medio de la boca del metro y la señora que iba tras ella casi la tira al suelo.

-¿Qué has dicho?

-Que estos dos días te he echado de menos. –Se sonrojó un poco-. Seguro que piensas que estoy loco... o enfermo. Pero es la verdad.

-Ayer salí a las siete –respondió ella sin saber cómo reaccionar-. Supongo que cogí el anterior.

-Vaya. –Le colocó una mano en el codo para apartarla de allí-. ¿Te apetece tomar un café? ¿O te está esperando alguien en casa? –preguntó con el corazón en un puño. Si le decía que tenía novio iba a tener un gran desengaño. A pesar de lo que le había sucedido a él, David no podría hacerle lo mismo a otra persona.

-No, nadie. –Amanda no acababa aún de reaccionar. David la había echado de menos y era obvio que quería pasar más rato con ella. No te hagas ilusiones, se dijo a sí misma, seguro que sólo es un aficionado a los crucigramas y le hace gracia charlar un rato contigo. Además, el metro no funcionará hasta dentro de una hora-. En esa esquina hay una cafetería. Si quieres podemos esperarnos allí.

-Genial.

Caminaron hacia el local.

-¿Qué tal los crucigramas de estos días? –preguntó él al sentarse a la mesa.

-Mal. El de ayer no lo terminé. –Abrió la carta decidida a no decirle el motivo-. Ahora que lo pienso. –Buscó en su bolso-. Te debía una piruleta. –Se la dio.

-Gracias. Creo que la guardaré con la del otro día. –La deslizó con cuidado hacia el interior de su bolsa-. ¿Trabajas aquí cerca?

-En *The Whiteboard*.

-¿La revista? ¿Eres periodista? –preguntó interesado.

-Sí y no. Soy secretaria.

-Debe de ser fascinante –dijo él sincero.

-¿Y tú? –Dio un sorbo al capuccino que había pedido y que acababan de traerle.

-Soy informático. –Al ver la mueca de ella, sonrió-. Ya, no todos parecemos salidos de *La revolución de los novatos*.

Amanda se rió.

-Ni todas las secretarias podemos hacer eso de «quítense las gafas, suéltese el pelo» y convertirnos en una artista de cine.

-A ti no te hace falta –dijo él refugiándose en su taza de café antes de que ella pudiera preguntarle nada.

Ella, sonrojada y sin saber dónde mirar, hizo lo mismo.

-Mi empresa cambió de sede hace dos meses –le explicó David-. Antes estábamos en un edificio cerca del río, pero se nos quedó pequeño.

-¿Qué clase de informático eres? –preguntó Amanda. El tema de las profesiones era bastante seguro e inofensivo.

-¿Qué quieres decir? ¿Cuántos tipos de informáticos hay? –dijo él sonriendo.

-No sé. –Se encogió de hombros-. Están los informáticos locos por las teles y los cables y con bolígrafos en los bolsillos. –Levantó un dedo para enumerarlos-. Los reservados, tímidos y seguidores de *Star Trek*, los multimillonarios con gafas como Bill Gates y, claro, luego están los increíblemente atractivos como Keanu Reeves en *Matrix* o Hugh Jackham en *Operación Swordfish*.

David tuvo un ataque de risa.

-Amanda, sabía que eras única. –Dio un sorbo a su café-. ¿No puedo ser una mezcla de todos? Veamos, no llevo bolígrafos en los bolsillos, aunque te confieso que en la bolsa llevo unos cuantos cables y algún que otro microchip. Odio *Star Trek*, nunca me acuerdo de los nombres de los personajes. No soy multimillonario, aunque no puedo quejarme, y... ¿qué más? Ah sí, y no me importaría que te pareciera tan atractivo como Keanu Reeves o Hugh Jackham.

Y más.

Ella se rió y miró el reloj.

-Deberíamos ir hacia la estación, ya casi es la hora.

David insistió en pagar y caminaron de regreso. La parada estaba hasta los topes, y cuando por fin llegó un vagón, iba tan lleno que tuvieron que hacer el trayecto de pie el uno junto al otro. Era incómodo, aunque a ninguno de los dos le importó lo más mínimo. Faltaban unos minutos para que ella bajara y David optó por arriesgarse una vez más.

-Mañana es sábado.

-Lo sé –dijo ella burlándose un poco de él. Seguía pareciéndole guapo pero ahora que sabía que además era dulce ya no la intimidaba tanto.

-Y pasado domingo. –Estaba nervioso. No se ponía tan nervioso al pedirle una cita a una chica desde el instituto-. No nos veremos hasta el lunes y eso no puede ser. ¿Te apetecería quedar mañana? –Antes de que pudiera contestar añadió-: Hay una exposición en la Tate Gallery que parece muy interesante; podríamos quedar allí a las diez, y así puedes escaparte de mí cuando quieras.

Amanda se rió y escuchó el pitido de su parada.

-Tengo que bajar. –Se colocó bien el bolso-. ¿Quedamos en la entrada?

La sonrisa de él la dejó sin aliento.

-Claro. Hasta mañana. –Y apretó las manos para evitar tirar de ella y retenerla. ¿Qué le estaba pasando? Con Eva, incluso antes de que las cosas se estropearan, jamás había sentido la sensación de no querer alejarse de ella. Sacudió la cabeza. Tal vez sus hermanos tenían razón, eso de haber estado casi un año sin estar con una mujer le estaba afectando el cerebro.

A las diez menos cuarto, David ya estaba en la entrada de la Tate Gallery y se paseaba nervioso de un lado al otro. No iba a venir. Seguro que no iba a venir. Amanda parecía una chica sensata y seguro que creía que estaba loco.

-¡David! –le saludó desde la otra esquina, y caminó hacia él-. Siento llegar tarde.

-No llegas tarde, yo he llegado antes. –Se agachó y le dio un beso en la mejilla-. Gracias por venir.

-De nada –respondió ella tímida-. ¿Vamos?

Entraron en el museo y pasearon juntos por todas las exposiciones. Era obvio que a David le gustaba el arte, y cuando una obra captaba su atención, la estudiaba desde todos los ángulos. Amanda era mucho más anárquica, mucho más

pasional; las pinturas o las esculturas le gustaban o le parecían horribles sin acuerdo a un criterio claro. Cuando una captaba su atención, se podía pasar horas mirándola, pero si no, con menos de un segundo le bastaba. Fue una mañana llena de risas; los dos estaban relajados e intercambiaban bromas a la vez que miradas. Él le ponía la mano en la espalda con disimulo para acompañarla, y ella fingía no notarlo... aunque en realidad se le ponía la piel de gallina.

-¿En serio te gusta esta «cosa»? -preguntó ella señalando un montón de cartones-. ¿Cómo puede ser que te guste esto y a la vez esos cuadros tan preciosos que hemos visto antes?

-No sé. Me parece interesante -dijo él tomándole el pelo. La verdad era que no le gustaba la escultura, pero le fascinaba verla sonreír.

-¿Interesante? -Lo miró a los ojos-. ¿Te estás riendo de mí?

-Un poquito. -Le cogió la mano-. Tengo hambre. ¿Y tú?

-Sí, pero no sé si quiero comer contigo. -Le guiñó el ojo-. Alguien que cree que las cajas de desván son arte no se merece mi compañía.

-De acuerdo, lo confieso, no me gustan. -No le soltó la mano y se dio cuenta de que ella tampoco parecía incómoda-. Vamos a comer.

-Está bien, pero que conste que lo hago porque quiero que me ayudes a terminar los crucigramas que tengo pendientes de la semana pasada. Había demasiados términos geográficos.

-Siempre es un placer serte de ayuda.

Caminaron hacia la salida y David tiró de ella. Sabía perfectamente dónde quería llevarla. Allí cerca había un pequeño restaurante italiano al que había ido con sus hermanos y al que siempre había deseado volver. Con Eva habría sido imposible, demasiado ruido y pocas estrellas Michelin.

-Es precioso -exclamó ella al entrar-. ¿Cómo descubriste este sitio?

-Vine un día con mis hermanos.

-¿Tienes hermanos?

-Dos, ¿y tú? -Abrió la carta.

-No, soy hija única, digamos que fui una sorpresa para mis padres.

-Estoy seguro de que están encantados.

-Ahora sí, pero de pequeña se lo puse muy difícil.

-No tengo ninguna duda.

-¿Qué vas a pedir? -preguntó Amanda, que jamás se había sentido tan cómoda con ningún hombre-. Yo pediré la lasaña.

-Creo que pediré los fettuccini. -Cerró la carta y le hizo una señal al camarero para que tomara nota-. ¿Qué haces esta tarde? Podríamos ir al cine.

Él había vuelto a cogerle la mano y con el pulgar le acariciaba el interior de la muñeca.

-¿Al cine? –Esas caricias le habían aniquilado las neuronas.

-Sí, podríamos ir a ver una de esas películas malísimas y luego pasarnos toda la cena criticándola. –Logró colarle la invitación para cenar sin que se diera cuenta. O eso creía.

-Me encantaría...

-Pero... -la interrumpió él.

-Pero esta noche he quedado-. Ver esos penetrantes ojos llenos de preocupación la impulsó a continuar-. Dos de mis mejores amigos regresan esta noche a la ciudad y hemos quedado para cenar. ¿Te gustaría venir? –Seguro que a Gabriel y a Ágata no les importaría.

En ese instante llegó el camarero con el vino y el ritual de la apertura le dio unos segundos para pensar.

-Gracias por la invitación, pero no creo que sea lo más acertado.

Ella vio que detrás de esas palabras se escondía algo más.

-¿Por qué? Ágata, Gabriel y los demás son geniales. –Dio un sorbo de vino para reunir el valor necesario para añadir-, a mí me gustaría que vinieras.

-Entonces voy –respondió mirándola a los ojos-. ¿Ágata y Gabriel son pareja?

-Sí, su historia de amor es preciosa. Gabriel es medio español y vivió en España hasta que sus padres se separaron. Al parecer se pasaba largas temporadas en casa de Guillermo, su mejor amigo y hermano mayor de Ágata. Hace unos meses, Ágata, que llevaba un más de diez años sin verlo, vino a trabajar aquí, en Londres, y él le ofreció que viviera en su piso. –Se rió entre dientes-. Supongo que Gabriel sólo tenía intención de ser amable con ella, pero pronto perdió la cabeza y el corazón por Ágata. –Suspiró, como si creyera que a ella jamás le sucedería algo así y tuvo ganas de besarla allí mismo.

-¿Qué pasó? –preguntó buscando un tema de conversación.

Amanda le relató lo que le había sucedido a Gabriel y cómo había ido a Barcelona a reconquistar a Ágata. David la escuchó con interés y se acordó de lo distinta que había sido su relación con Eva. Miró a Amanda a los ojos y supo que tenía que contárselo. Sólo hacía una semana que la conocía, si es que podía llamarse así, pero empezaba a sentir por ella algo que jamás había sentido por su prometida. Algo sincero y dulce. Y si no quería echarlo a perder, más le valía ser sincero desde el principio.

4 HORIZONTAL: ROMA AL REVÉS

Anna Casanovas

-Amanda, tengo que decirte algo –dijo él interrumpiéndola-. No sé cómo empezar.

Ya está-pensó ella- ahora viene cuando me dice que es homosexual o que necesita el permiso de residencia...

-Hoy sería mi aniversario de boda.

3

-¿Qué has dicho? –volvió a preguntar ella después del ataque de tos.

-Hoy sería mi primer aniversario de boda.

-Eso me había parecido. –Se bebió lo que le quedaba de vino de golpe-. Tu aniversario de boda. De boda.

-Sí. Tal día como hoy, hace un año, iba a casarme. –Le cogió la mano sin importarle que ella se diera cuenta de que estaba nervioso.

-¿Y? –Primero pensó en soltarse, pero por el modo en que la miró a los ojos supo que iba a contarle algo que no le decía a cualquiera.

-Un mes antes de la boda pillé a Eva, mi prometida, con Charles, mi mejor amigo, en la cama.

-Lo siento –dijo ella a falta de otra respuesta.

-Yo no. Al menos ya no, pero ha sido un año difícil.

-¿Quieres contármelo? –Colocó la otra mano encima de la de él-. No hace falta que lo hagas, no tienes por qué hacerlo.

-Quiero hacerlo. Nunca se lo he contado a nadie.

-¿No?

-Bueno, mis hermanos y mis padres saben que rompí el compromiso porque la pillé en la cama con otro, pero jamás les he dicho quién era. Todos conocen a Charles desde pequeño –se limitó a decir él-. Pero no es eso a lo que me refiero. –Tomó aire-. Lo que quiero decir es que nunca le he contado a nadie lo que de verdad pasó y lo aliviado y confuso que me quedé después.

-No sé si yo soy la persona adecuada. –Acababa de conocerle y ya era incapaz de concebir que en el mundo existiera una mujer capaz de traicionarlo.

-Créeme, lo eres. –Dio un sorbo de vino-. Eva y yo nos conocimos cuando fui a su banco para desarrollar el nuevo programa bursátil. Cuando digo «su» banco, es en sentido literal. Eva era, bueno, es una de las mujeres más atractivas que conozco. –Vio que Amanda no se sentía insultada, pero se obligó a especificar-, pero todo su atractivo es frío, distante. No como el tuyo. –Ella se sonrojó-. Empezamos a salir en seguida; ahora me doy cuenta de lo sórdido que fue todo. Pronto nos comprometimos. No me escudaré diciendo que me obligó, pero no es fácil decirle que no a Eva. No sé; en menos de tres meses me vi escogiendo papeles para empapelar un piso carísimo en el centro de la ciudad en el que yo no quería vivir. Intenté hablar con ella varias veces, pero siempre lograba convencerme de que el problema era que yo trabajaba demasiado. Y si algo sabía hacer Eva, era convencer a la gente. Mis hermanos y mi madre la odiaban pero no

me lo dijeron... -se rió-. Estaban convencidos de que si la quería no tenían más remedio que aguantarse.

-¿Y la querías? -preguntó ella interrumpiéndole.

-No. -La miró a los ojos-. Ahora sé que no, pero por aquel entonces creía que sí. ¿Qué más podía pedir? Una mujer muy atractiva, con éxito y perteneciente a una de las familias más ricas del Reino Unido quería casarse conmigo. -Bebió un poco más y Amanda lo miró como si aún no entendiera nada-. En fin, en aquella época yo estaba muy liado con el desarrollo de un nuevo programa para una empresa farmacéutica, pero a Eva parecía no importarle: mientras estuviera para escoger las cosas de la boda, todo iba bien. Un día salí antes de trabajar, estaba muy cansado porque la noche anterior habíamos ido a cenar con sus padres. - Respiró hondo-. Abrí la puerta del piso y escuché voces; en seguida reconocí la voz de Charles y fui hacia el salón. Estaba vacío. Volví a escuchar risas y subí las escaleras. Me quedé quieto frente a la puerta de la habitación, estaba entreabierta y pude ver que Eva estaba recostada sobre el pecho desnudo de mi amigo. Se estaban riendo de mí.

Amanda le apretó la mano. Se quedaron unos segundos en silencio y cuando creía que él ya no iba a decirle nada más, continuó:

-Eva le estaba diciendo a Charles lo soso y estúpido que yo era. Al parecer llevaban más de un mes acostándose pero ambos habían decidido mantener su relación a escondidas. Mi «prometida» le decía a mi «mejor amigo» lo idiota que era yo por no darme cuenta de nada y que si las cosas seguían así, su relación podría continuar incluso después de la boda. Charles le dijo a «su pichoncito» que yo era el típico yerno perfecto y que mientras su padre estuviera contento ellos dos podrían seguir con su aventura. Eva se rió y le dio la razón.

-Dios mío... ¿qué hiciste?

Él apartó la mano y se la pasó por el pelo.

-Nada, di media vuelta y me fui. Caminé hacia un parque y me senté en un banco. Me temblaban las manos y no podía dejar de mirármelas.

-Es normal.

-¿Tú crees? Tardé unos minutos en tranquilizarme, y cuando lo conseguí me di cuenta de que no me dolía pensar que ella estuviera con otro hombre; a decir verdad, me era igual, pero me sentía como un imbécil. Engañado. Estafado. Mi mejor amigo, el chico con el que prácticamente había crecido, se estaba acostando con la mujer que se suponía que iba a compartir el resto de su vida conmigo. Y los dos lo hacían sin ningún remordimiento. Me sentía aliviado de tener un motivo para anular la boda, pero había dos preguntas que no me dejaban tranquilo: ¿cómo era

que no me había dado cuenta? y, aunque suene a tópico, ¿qué había hecho para merecer algo así?

-Nada, no habías hecho nada. Nadie se merece que le traicionen de ese modo –dijo Amanda sin dudar.

-Media hora más tarde regresé al piso. Charles ya no estaba y Eva salía de la ducha. Tengo que confesarte que tuve ganas de hacer un comentario de mal gusto pero me lo guardé. Me senté en el sofá y le pedí que se acercara. Tan pronto como su perfecto trasero tocó el almohadón, le dije que la boda quedaba anulada. Ella iba a protestar pero antes de que pudiera hacerlo le conté lo que había pasado y que, por tanto, sabía lo de Charles. ¿Sabes qué me dijo?

Amanda no contestó y se limitó a sacudir la cabeza. Era incapaz de adivinar la reacción de esa arpía.

-Me dijo que eso no era motivo para echar a perder lo que teníamos. Me dijo que era obvio que a mí el sexo me era indiferente. –Amanda casi se ahoga con el vino que estaba bebiendo en ese instante, pero por suerte él lo ignoró y siguió hablando-. Que juntos podíamos tener un gran matrimonio, que mi carrera profesional seguiría en alza y que ella se encargaría de ser discreta.

-¿Qué le dijiste?

-Nada. Me limité a levantarme y me acerqué a la puerta. No sé por qué ese gesto la puso furiosa y entonces empezó a gritarme.

-¿De verdad?

-Me dijo que se alegraba de no tener que casarse conmigo, que era un imbécil y que alguien de mi clase social no se merecía estar con alguien como ella. Luego siguió insultándome, creo que todos los vecinos se enteraron de lo mal amante que soy y de otros trapos sucios... Pero me fui y al día siguiente llamé a su padre para despedirme y para decirle que pusiera el piso en venta.

-¿Qué te dijo?

-Sea como sea Eva, su padre es uno de los hombres más brillantes que he conocido jamás y, como tal, fue muy correcto. Me dijo que lamentaba que las cosas no hubieran salido bien; una semana más tarde, me ingresó en mi cuenta la mitad del importe por el que había logrado vender ese mausoleo.

-Vaya.

David se rió.

-Sí, vaya. ¿En qué piensas?

-En que me alegro de que no seas homosexual. –Vio que él no entendía nada y añadió-: cuando has dicho que tenías que contarme algo, creía que ibas a decirme que eras homosexual o que necesitabas el permiso de residencia.

Volvió a reírse, pero esta vez con ganas.

-Amanda, estaba seguro de que eras única. ¿Sabes una cosa?

-¿Qué?

-Yo también me alegro de no ser homosexual –dijo acariciándole la mejilla.

En ese instante el camarero se les acercó para preguntarles si querían postre y David tuvo que apartarse un poco.

-Y para que estés tranquila quiero que sepas que nací en Londres, así que tampoco necesito el permiso de residencia.

-Me alegro, me daría mucha pena que te extraditasen. –Abrió la carta de postres-. ¿Y Charles?

-No sé. Creo que él y Eva siguieron con lo suyo, pero ni lo sé ni me importa. La verdad es que en este último año ya he tenido bastante con preocuparme por mí. Voy a pedir tiramisú, ¿y tú?

-No debería, pero qué más da, otro para mí.

-Me he pasado el año entero dudando de mí, ¿cómo he podido ser tan estúpido?, ¿de verdad estoy tan ensimismado en mi trabajo que no me doy cuenta de nada?

Amanda iba a contestarle, pero el oportuno camarero apareció con los dulces.

-Es el mejor tiramisú del mundo –dijo Amanda saboreando cada bocado.

-Y que lo digas –respondió David, que no sabía ni lo que estaba comiendo, pues estaba embobado mirando cómo Amanda había vuelto a cogerle la mano casi sin darse cuenta; como si lo hubieran hecho toda la vida, como si fuera lo más normal del mundo. Eva nunca le tocaba en público, y si era sincero, él jamás había tenido ganas de que lo hiciera. Pero con Amanda le parecía incluso más necesario que respirar. Y sólo hacía unos días que la conocía.

-Estoy llenísima. ¿Qué te parece si paseamos un rato? Si no me muevo, me quedaré dormida.

-Genial. Pido la cuenta y nos vamos. –Vio que ella buscaba el bolso-. Te invito. Es lo mínimo que puedo hacer después de que hayas escuchado lo patética que ha sido mi vida en el último año.

Ella se sonrojó, pero aceptó el gesto.

Pasearon un rato, pero pronto llegó la hora de la despedida. Empezaba a hacerse tarde y Amanda tenía que ir a arreglarse para la cena.

-Me lo he pasado muy bien –dijo ella-, aunque aún no puedo entender que te gustaran esas esculturas de cartones.

El que no hiciera ningún comentario sobre su confesión, a David le llegó al alma.

-Yo también me lo he pasado muy bien. Lo de antes, ¿lo decías en serio?

-Pues claro, es inaudito que te guste eso...

-No -la interrumpió él-, lo de la cena de esta noche.

-Por supuesto, seguro que a Ágata y a Gabriel no les importará; y a todos les encantará conocerte.

-¿Estás segura? -Al verla asentir continuó-: Entonces, de acuerdo. La verdad es que aceptaría cenar con un tribunal de la Inquisición española sólo para estar un rato más contigo.

-No digas chorradas. -Se sonrojó-. Los de la Inquisición española eran unos rancios, yo jamás cenaría con ellos.

David sonrió y le preguntó:

-¿A qué hora paso a buscarte?

Iban caminando hacia el metro y, sin decir nada, los dos sacaron sus tickets.

-A las siete y media. El restaurante está cerca de mi casa y hemos quedado a las ocho. -Miró el reloj-. Debería ir a ducharme y cambiarme, mis amigas son demasiado atractivas para que me presente así.

-Empieza a molestarme que siempre te subestimes. -Le cogió la mano-. Así estás perfecta.

-Es mi parada. -Se soltó y le apuntó la dirección en un papel-. Toma, si cambias de planes, llámame.

-No lo haré. Hasta luego.

Y volvió a agacharse para darle un beso en la mejilla antes de que las puertas se cerraran.

4

A las siete sonó al timbre.

-¿Sí?

-Amanda, soy yo, David.

-¿David?

Ante la sorpresa de ella, respondió:

-Ya sé que llego pronto. ¿Puedo subir?

-Claro –respondió apretando el interfono-. Sube.

Empezó a correr por su piso. Estaba a medio vestir. Después de ducharse se había pasado más de veinte minutos en albornoz sentada frente al armario. Al final se había dado por vencida y lo único que había decidido era que se pondría unos vaqueros. Sabía que le quedaban bastante bien, y con las botas que le habían regalado sus padres por Navidad tenía un aspecto bastante sofisticado. La mitad superior del cuerpo era un poquito más complicada.

-¿Hola?

Escuchó a David en la entrada.

-Pasa, en seguida salgo –mintió entre dientes.

Entró y cerró la puerta tras él. Se quedó allí de pie durante unos minutos y se deleitó en la decoración. Amanda era una fanática de las antigüedades, igual que él, y a juzgar por la lámpara que había en la mesita era obvio que le gustaba comprar cosas en mercadillos. Esa chica era demasiado buena para ser real. Respiró hondo y rezó por no echarlo a perder. Cinco o diez minutos más tarde ella apareció.

-Siento haberte hecho esperar –dijo detrás de él.

Iba a decirle que no importaba pero cuando se dio media vuelta para mirarla perdió la capacidad de razonar.

Estaba preciosa. Llevaba una camiseta de corte imperio color verde oscuro que le dibujaba un escote dulce pero a la vez de vértigo. Todas sus intenciones de ser cauto se esfumaron en ese instante. No iba a poder resistirse.

-¿Qué hora es? –preguntó ella-. ¿Te apetece tomar algo?

-Son las siete y veinte –dijo él pasados unos segundos-. No, gracias. Estoy bien. Te he traído algo. –Del bolsillo de su chaqueta sacó una bolsa llena de piruletas.

-Gracias –respondió ella con una sonrisa-. Pero no tenías que traerme nada. Además, no puedo comérmelas.

-¿Por qué no? Y no digas ninguna tontería sobre...

-No, no es por nada de eso. –Ensanchó la sonrisa-. Es que sólo las como cuando acabo un crucigrama, y por tu culpa hace tres días que no lo hago.

-Vaya, lo siento –dijo él sin sentirlo lo más mínimo. Le gustaba saber que conocerlo la había desconcentrado lo bastante como para que no pudiera hacerlo-. Supongo que tendré que encontrar el modo de compensarte.

-Tranquilo, ya lo había pensado. –Le señaló el sofá-. Ahí tienes los periódicos de los tres últimos días. Vamos a ver si de verdad se te da tan bien la geografía.

-Digamos que esto no era lo que tenía en mente, pero, en fin, tendré que conformarme.

Se sentó y abrió el primero. Cinco minutos más tarde ya lo había terminado. Amanda, que había ido a terminar de secarse el pelo, regresó ese mismo instante.

-Mira. –Sujetó el periódico orgulloso-. Ya puedes comerte una piruleta.

-Estoy impresionada. ¿Quieres una? –le preguntó mientras rompía el envoltorio de la suya.

David se quedó mirándola; estaba sentada a su lado sin darse cuenta de que su mera presencia lo volvía loco.

-¿Puedo pedir otro premio?

-Claro –respondió con el caramelo ya entre los dientes.

-Entonces... –Sujetó el bastoncillo blanco que salía de entre los labios de Amanda y tiró de él.

A Amanda empezaron a temblarle las rodillas. David dejó la piruleta encima del plástico que aún estaba sobre la mesa sin dejar de mirarla a los ojos. Levantó una mano, le acarició la mejilla y despacio inclinó la cabeza hacia delante. La besó. El beso empezó como algo inocente, o al menos eso se dijo a sí mismo, pero al sentir piel contra piel, aliento contra aliento, a los dos les dio un vuelco el corazón. Amanda entreabrió los labios con timidez y el gesto enloqueció a David, que le sujetó la cara con las dos manos para poder devorarle el alma. Ella se agarró a la camisa de él y fue al encuentro de sus caricias. Las respiraciones se iban acelerando y los latidos acompasando hasta que de mutuo acuerdo, comunicándose sólo con los labios, fueron rebajando la intensidad del abrazo.

-Vaya... –suspirió ella sin atreverse a mirarlo.

-Sí, vaya. –David tenía las manos sobre las rodillas para que ella no viera que aún temblaban-. Esto es peor de lo que me temía.

-¿Peor? –Se puso de pie de un salto. Ella ya sabía que tenía muy poca experiencia con los hombres, pero no creía que se mereciera un comentario tan insultante como ése-. No tenías ninguna obligación de besarme. Si haces memoria, yo te había ofrecido una piruleta.

-No, no me entiendes. -Se puso de pie tras ella y le colocó las manos en los hombros-. Besarte no ha sido malo. De hecho, ha sido lo mejor que me ha sucedido en mucho tiempo.

Ella se dio media vuelta para poder mirarlo a la cara.

-¿Y?

-Y... -Se apartó de ella-. Sólo hace una semana que nos conocemos y no quiero echarlo a perder.

-No lo has echado a perder. Me ha gustado que me besaras. Me ha gustado mucho.

-¿De verdad?

-De verdad. -¿Cómo podía ser que un hombre como él se sintiera inseguro?

-A mí también. La noche que rompí con Eva me dijo que era frío, que era un pésimo amante y que Charles debería darme clases -confesó sonrojado e incómodo.

Las cejas de Amanda casi se le salen de la cabeza de lo alto que las levantó. Esa mujer estaba loca.

-Mira, David, ha sido el mejor beso de toda mi vida -dijo con sinceridad-. No puedo decirte que tenga demasiados con los que compararlo, pero de todos modos estoy segura de que ha sido increíble. Creía que me iba a estallar el corazón de lo rápido que me latía. -Tal vez eso no debería haberlo dicho, porque él la miró con un brillo especial en los ojos-. Ya son casi las ocho, deberíamos ir hacia el restaurante.

-De acuerdo.

La ayudó a ponerse la chaqueta y salieron del piso. Estuvieron unos minutos en silencio, hasta que en la puerta del local él volvió a hablar:

-Gracias por dejar que te besara.

-Gracias por besarme. -Se puso de puntillas y le dio un cariñoso beso en los labios-. ¿Estás listo para conocer a los chiflados de mis amigos?

-Impaciente -respondió con una sonrisa. Llevaba casi un año sin salir. No era que no hubiera tenido oportunidades, sus compañeros de trabajo y sus hermanos le invitaban continuamente, pero después de la decepción de Charles no confiaba demasiado en su criterio para escoger amistades. Se sentía torpe e inseguro; y con pocas ganas de volver a fallar de ese modo. Si con más de quince años de amistad Charles había sido capaz de engañarle, ¿qué posibilidades tenía de hacer nuevos amigos? Pocas. Él era informático y calcular posibilidades era una de las cosas que se le daba mejor.

-De acuerdo. Luego no digas que no te lo advertí. –Abrió la puerta para entrar pero él la detuvo con una mano.

-Amanda.

-¿Sí?

-Creo que me gusta mucho estar contigo –dijo mirándola a los ojos.

-Y a mí contigo.

La cena fue genial. David congenió en seguida con todos sus amigos, como si llevara años saliendo con ellos, y Ágata les contó cómo torturó a Gabriel hasta que por fin lo perdonó.

-¿Y Anthony como está? –preguntó Jack-. ¿Cuándo piensa volver?

-No sé cuándo volverá. La verdad es que últimamente está algo raro –dijo Ágata.

-Es por culpa de tu hermana Helena –apuntó Gabriel.

-¡No digas tonterías! –exclamó Agui.

-No es ninguna tontería, ya verás como el tiempo me dará la razón –respondió enigmático.

-Vaya, vaya, veo que la familia Martí es peligrosa –se burló Jack.

-No tanto como Amanda –dijo la acusada para defenderse-. Mira que seducir al pobre David en el metro.

Amanda se sonrojó.

-Yo no he seducido a nadie.

-Eso debería decirlo yo, ¿no crees? –David le cogió la mano y le dio un beso en los nudillos.

-¿Lo veis? ¡Es él!

-Sí, sí, ya vemos lo mal que lo estás pasando.

Como de costumbre, estuvieron en el restaurante hasta la hora de cerrar y luego se despidieron. David tuvo que prometerles que volvería, e incluso quedó con Jack y Gabriel para ir a jugar un partido de fútbol, a pesar de que les dijo de entrada que era un pésimo jugador.

-Te acompaño a casa –dijo él antes de que ella pudiera decir lo contrario.

-¿Te lo has pasado bien? –preguntó Amanda, a quien cada vez le gustaba más esa costumbre que tenía él de cogerle la mano siempre que podía.

-Mucho. Tus amigos son fantásticos, es obvio que te quieren mucho –dijo un poco absorto.

-Lo sé.

-¿Cómo lo sabes? –preguntó interesado de verdad.

-Lo sé. Siempre han estado allí cuando los he necesitado, y nunca me han juzgado. Tal vez sea porque todos estamos en Londres, lejos de nuestras familias...

-O tal vez sea porque de verdad sois amigos –la interrumpió él.

-¿Los estás comparando con Charles?

Él se encogió de hombros.

-Supongo.

-No lo hagas. Todos tenemos un «Charles» en nuestra vida. Vale, ya sé que no todo el mundo ha pasado por lo que has pasado tú, pero todos nos llevamos desengaños. Piensa que eso sirve para saber en quién puedes confiar de verdad.

David se quedó pensando durante unos segundos.

-Tienes razón. Mis hermanos, Robert y Sean, siempre están a mi lado y nunca me han fallado.

-Lo ves –dijo ella contenta.

Se detuvieron frente al portal.

-¿Qué vas a hacer mañana? –preguntó él mientras ella abría.

-Nada especial. Mis padres viven lejos de la ciudad y esta semana están de viaje. Supongo que por la mañana iré a pasear por algún mercadillo y me obligaré a no comprar nada.

-¿Te apetecería venir a mi casa? Me gustaría enseñártela. –Vio que ella lo miraba a los ojos y le explicó-: Con el dinero de la venta del piso me compré una pequeña y ruinoso casa. La estoy arreglando poco a poco. Creo que te gustará. – Quiero que te guste, pensó para sí-. ¿Qué me dices?

-Veo que empiezas a conocerme. Primero las piruletas, y ahora mi segunda debilidad: las antigüedades.

-Cuando algo me interesa, soy muy observador. Qué, ¿quieres venir? – Estaba nervioso.

-Está bien.

-Perfecto. ¿Quieres que venga a buscarte? –No quería arriesgarse a que a media mañana cambiara de opinión.

-No hace falta. Tú dame las señas y dime a qué hora te va bien.

Sacó un papel de un bolsillo, y con un bolígrafo que ella le prestó anotó la dirección de su casa.

-Ven cuando quieras.

-¿Te han dicho alguna vez que eres muy tozudo?

-Tenaz. Es distinto.

Ambos sonrieron.

-No voy a besarte –dijo David mirándola.

-¿Y eso?

-Si te beso, no me iré.

-¿Y quién te ha dicho que te dejaría subir?

Él levantó una ceja, como diciendo que ambos sabían que la atracción que había entre los dos era demasiado fuerte para que ninguno pudiera negarla. Pero de todos modos se disculpó por haber dado por hecho algo así.

-Nadie. Tienes razón, lo siento.

Ella sonrió.

-No te preocupes.

-¿Vendrás mañana?

-Ya te he dicho que sí. –Dio un paso hacia dentro-. Buenas noches.

-Buenas noches.

Iba a irse, tenía que irse, pero sus piernas decidieron hacer lo contrario y se acercaron a Amanda. Antes de que ella pudiera hacer nada, la abrazó y le dio un beso. Esos labios lo volvían loco. Sabían a chocolate y a café. Y a algo mucho más complicado. Sin ser casi consciente, dio unos pasos y no se detuvo hasta que la espalda de ella chocó contra la pared. David la besaba como si jamás se hubiera sentido tan cerca de nadie; y ella respondía del mismo modo. Besos como aquél sólo sucedían en las películas. O eso había creído ella hasta esa misma tarde. El ruido de la puerta de la entrada cerrándose los hizo volver a la realidad.

-Creía que no ibas a besarme –susurró ella recorriéndose el labio con la lengua.

-Y yo. –Él siguió el movimiento con los ojos-. No hagas eso... o no me voy a ir de aquí jamás.

-¿El qué? –preguntó ella inocente.

-Nada. –Dio un paso hacia atrás y respiró hondo-. Eres mucho más peligrosa de lo que pareces, y ¿sabes por qué?

Sacudió la cabeza.

-Porque no tienes ni idea de lo preciosa y dulce que eres. Me voy. –Se inclinó un poco hacia adelante y le dio otro beso-. Me voy. –Abrió la puerta con la mano y volvió a besarla-. Me voy.

Ella sonrió al ver que él trataba de hacer una cosa mientras su corazón le dictaba otra. Y se enamoró un poco más de él por eso.

-¿De qué te ríes? –preguntó él entre besos.

-De ti. No paras de besarme pero sigues insistiendo en que te vas. Eres un caso.

-Lo sé. Y créeme, todo es culpa tuya. Ahora sí, un último beso y me voy.

4 HORIZONTAL: ROMA AL REVÉS

Anna Casanovas

Hacía años que Amanda no se sentía así. Mejor dicho, nunca se había sentido así. Le rodeó el cuello con los brazos y le besó con toda la pasión y la ilusión que sentía.

-Hasta mañana.

5

El domingo Amanda se despertó muy temprano a pesar de que casi no había podido dormir pensando en David. Todo estaba yendo muy rápido, y aún le costaba creer que un hombre como él se hubiera pasado un año entero alejado de las mujeres a causa de su inseguridad. No sólo era atractivo, sino que además era inteligente, divertido y muy dulce. Y le gustaba hacer crucigramas. Seguro que todo eso era un sueño del que algún día despertaría, pero mientras tanto, iba a disfrutarlo.

Se vistió y a las once llegó a su destino. David le había contado la verdad: la casa estaba casi en ruinas, aunque tenía muchas posibilidades. Y a juzgar por cómo se veía la zona que ya había restaurado, iba a quedar preciosa cuando la terminara. Llamó a la puerta y, medio segundo después, su espalda chocó contra la pared y los labios de David le dieron la bienvenida.

-Llegas tarde –murmuró él cuando se apartó.

-Son las once –dijo ella a la defensiva. Aunque si hubiera sabido que iba a besarla de ese modo, se habría presentado allí a las seis de la mañana.

-Ven. –Le cogió la mano-. Quiero enseñarte algo.

Cruzaron lo que debía de ser un comedor, que estaba completamente vacío, y la cocina, que parecía como mínimo operativa. La llevó hasta la habitación del fondo; Amanda se quedó sin habla. Había dos sofás en el medio, junto a una mesa con un tablero de ajedrez que parecía muy antiguo; a su alrededor había colocado estanterías llenas de juguetes de hojalata, títeres, juegos de madera... Todos parecían rescatados de mercadillos, y era evidente que David se había tomado su tiempo escogiéndolos y arreglándolos.

-Son preciosos.

Y tú también, pensó él mirándola.

-¿Puedo tocarlos? –preguntó indecisa.

-Claro –respondió él.

Amanda acarició con el dedo una bailarina que tenía una pierna rota... y David sintió celos de la muñeca. Se había pasado la noche soñando con las manos de Amanda recorriéndole la piel.

-¿Los has arreglado tú todos?

-Casi todos. –Sonrió un poco incómodo-. Ya te dije que durante este último año no he salido mucho. Vamos, te enseñaré el resto de la casa.

David cumplió su palabra y, mientras le enseñaba las habitaciones, le iba contando cómo tenía intención de arreglarlas. Ella hizo algunos comentarios, que a él le entusiasmaron, y terminaron en la cocina dibujando un baño y una habitación.

A los dos se les pasó el día volando. Comieron en casa y luego fueron a dar un paseo por el barrio. En esa zona tan alejada del centro uno no tenía la sensación de estar en una de las ciudades más grandes de Europa, sino que más bien en un pequeño pueblo. A lo largo del paseo se besaron, y él parecía incapaz de dejar de tocarla. Amanda pensó que nadie la había tocado así jamás, como si no pudiera pasar más de un minuto sin sentir su piel. David aprovechaba cualquier ocasión para tocarle la espalda, la mano, la rodilla... y lo mejor de todo era que parecía no ser consciente de ello. Lo que más le gustaba era cuando, sin venir a cuento, le apartaba un mechón de pelo y se lo colocaba detrás de la oreja. Las tres o cuatro veces que lo había hecho, la había mirado con un brillo especial en los ojos.

-Es tarde -dijo mirando el reloj-, debería irme.

-Claro -respondió él-. Deja que cierre la casa y te acompaño. No quiero que vayas sola.

-No digas tonterías, cojo el metro cada día a esta hora.

-Insisto. -Y lo hizo en un tono que dejaba claro que no iba a convencerlo de lo contrario.

En el trayecto del metro siguieron hablando; cuando llegaron frente al portal de Amanda, decidieron que, dado que era tan tarde, bien podrían ir a cenar. Y así lo hicieron. Cuanto más tiempo pasaban juntos, más evidente era para Amanda que su corazón estaba en peligro. Si él hubiera sido sólo atractivo, habría podido resistirlo, pero de ningún modo podía resistir aquella dulzura, aquel sentido del humor y aquellos besos.

-David, ¿puedo preguntarte algo? -dijo de repente.

-Lo que quieras.

-¿Qué estás haciendo conmigo? -Él levantó una ceja y ella optó por no dejarle hablar-: Mira, es obvio que has pasado un mal año, pero ahora que estás bien, seguro que podrías salir con cualquier mu...

Él no la dejó terminar la frase y la besó. Estaban de pie, fuera del restaurante, y la besó como si el mundo hubiera desaparecido bajo sus pies, sin importarle la gente que pasaba por su lado ni las bocinas de los taxis. Nada. La besó, y ella supo que jamás olvidaría ese beso.

-¿Responde esto a tu pregunta? -Ella asintió, pero él volvió a besarla para reafirmar su posición.

David le sujetó la cara con las manos, de aquel modo que la volvía loca, y empezó a recorrerle el cuello con los labios.

-Creo -dijo entre cada beso- que me estoy enamorando de ti. -Escuchó que ella suspiraba-. No digas nada. Sé que es demasiado rápido. -La besó de nuevo en

los labios-. Sé que es una locura-. La miró a los ojos-. Pero eso es lo que estoy haciendo contigo. ¿Y tú, qué estás haciendo conmigo?

Amanda sonrió y le rodeó el cuello con los brazos para responderle del mismo modo.

David dejó a Amanda en su casa y se fue de allí antes de que decidiera que estaba equivocado con lo de ir despacio y optara por subir y hacerle el amor.

La semana que siguió fue increíble. David iba cada día a buscarla al trabajo e iban a dar un paseo. El lunes fueron en busca del picaporte perfecto para la habitación de invitados de su ruinoso casa (a pesar de que dicha habitación aún era un trastero); el martes estuvieron más de dos horas charlando en una cafetería sobre las excelencias de los crucigramas en contra de los malvados sudokus; el miércoles optaron por el cine, y aunque la película fue pésima, los dos estuvieron demasiado ocupados besándose para darse cuenta; el jueves él tuvo una reunión hasta tarde y no pudieron verse, pero luego se pasaron dos horas al teléfono; y el viernes él la invitó a cenar a su casa.

Amanda estaba nerviosa, muy nerviosa. Esos últimos cinco días habían sido fantásticos y David se había comportado como el perfecto caballero. Siempre le abría la puerta, la ayudaba a ponerse la chaqueta y se desvivía para que estuviera contenta. Y sus besos le hacían perder el sentido. Aprovechaba cualquier ocasión para tocarla, y esas meras caricias la habían vuelto loca toda la semana. La besaba para decirle hola y para despedirse. Y siempre que decía alguna tontería sobre su aspecto físico. Y siempre que le enseñaba algún trasto viejo. Y siempre que resolvía un crucigrama. En fin, siempre que le apetecía. Y a ella le parecía genial. Maravilloso. Llegó a su casa, a la que también empezaba a cogerle cariño, unos minutos antes de la hora prevista y él le abrió la puerta aún con el delantal atado a la cintura.

-Hola. -Le dio uno de esos besos tan perfectos-. Estás preciosa.

-Tú también. Te sientan bien las faldas -dijo señalándole la tela.

-Llegas justo a tiempo -respondió él ignorando ese comentario y tirando del brazo de Amanda.

-¿A tiempo de qué? -preguntó detrás de él.

-De ayudarme con algo muy, muy importante. -Se detuvo frente al horno, del que salía un olor exquisito, y lo abrió para comprobar que todo iba según lo

previsto. Luego siguió hasta el comedor, donde aguardaba la mesa ya preparada, y cogió su teléfono móvil-. Tienes que hablar con él.

-¿Con quién?

-Con mi hermano Robert –le explicó sin apartarse el auricular de la oreja-. Me ha llamado para invitarme a salir con dos chicas que acaba de conocer en el gimnasio –puso cara de asco para dejar claro lo que pensaba-, y cuando le he dicho que no, ha empezado a soltarme el rollo de que tengo que salir, conocer mujeres... ¡Robert! Hola, te paso a Amanda. –Tapó el aparato-. Me ha dicho que no me creía y que estaba seguro de que me lo estaba inventando todo –suspiró-, así que está de camino hacia aquí con las dos tipas.

-¿Y qué quieres que haga?

-¿Cómo que...? Dile que es verdad, que has venido a cenar y a disfrutar de una noche de pasión desenfrenada conmigo. –Se sonrojó-. Eso último puedes ahorrártelo, si quieres, pero no le iría nada mal a mi reputación. Mis hermanos llevan meses tomándome el pelo.

-Dame el teléfono. –Tendió la mano-. Eres un caso.

-Eso ya me lo has dicho antes.

-¿Robert? Sí, hola, soy Amanda. –Gracias a sus repuestas, David podía deducir las preguntas de su hermano. Le mataría cuando volviera a verlo-. No, no, de verdad he venido a cenar. En el metro. Sí, es un poco raro. –Otra pausa-. Hace dos semanas. Llámale mañana, pero hazlo tarde, no creo que esta noche duerma demasiado. –Se rió-. Yo también estoy encantada de haberte conocido. Adiós.

-Gracias. –David guardó de nuevo el teléfono-. Y gracias por el comentario sobre lo de esta noche, aunque sea mentira, claro.

Amanda se acercó a él.

-David...

-¿Sí?

-Yo nunca miento.

6

David tardó unos segundos en reaccionar, pero cuando lo hizo fue como si se desatara una tormenta. La rodeó con los brazos y la besó con toda la pasión que llevaba días reteniendo. Se habían visto casi cada día, y con cada despedida se le hacía más difícil alejarse de ella. Amanda le devolvió el beso con la misma pasión y sintió que a él le temblaban las manos al empezar a deslizarlas hacia sus pechos. Le dio un vuelco al corazón al ver que él se sentía inseguro y que con cada temblor era como si le pidiera permiso para continuar. Ella no sabía cómo responder. Sólo había estado con un chico, su novio de la universidad, y la experiencia no había sido para nada memorable. Optó por levantar las manos y desabrocharle los botones de la camisa; se la había puesto para ella, él no solía llevar. Debió de acertar con el gesto, pues David empezó a hacer lo mismo con los botones de la espalda de su vestido. Ambos terminaron al mismo tiempo, y él volvió a esperar a que fuera ella la que dictara el ritmo. Amanda separó los extremos de la camisa y se quedó sin habla. Definitivamente eso de la informática era más físico de lo que creía. ¿Cómo podía haberle comparado con Brad Pitt? Seguro que los abdominales de Brad eran mérito del photoshop, mientras que los de David eran de verdad. No sólo era alto y fuerte, y daba los mejores abrazos del mundo, sino que su torso era de esos que paran el corazón y funden las neuronas. Él debió notar que estaba embobada y le colocó un dedo en la barbilla para levantarle un poco la cabeza y poder mirarla a los ojos mientras le deslizaba el vestido por los hombros.

-Eres preciosa –susurró como si le costara respirar.

-No digas...

Agachó la cabeza y la besó antes de que pudiera terminar la frase.

-Eres preciosa –repitió al apartarse.

Y esta vez ella no se quejó.

-Siempre he querido hacer esto.

-¿El qué? –preguntó ella aún aturdida por ese beso.

-Esto –respondió cogiéndola en brazos como Red Butler en *Lo que el viento se llevó*.

Subió las escaleras sin dejar de besarla, aunque a medio camino retrocedió entre risas y, sin soltarla, fue hasta la cocina para parar el horno.

-No quiero que nada nos interrumpa –le confesó tras recorrerle la oreja con la lengua.

Ella se limitó a responder con un murmullo.

Entraron en la habitación de David, la única que tenía una cama, y era una cama impresionante. Tenía cuatro postes y debía de medir como mínimo dos metros.

-Decidí comprarla hace unos meses –confesó él-. Después te cuento una de mis fantasías.

-¿Después de qué? –Casi no podía ni razonar.

-Después. –Al parecer él tenía el mismo problema.

La depositó con cuidado en la cama y se tumbó junto a ella para observarla. Amanda sintió vergüenza y trató de refugiarse detrás de un cojín.

-Quita.

Se lo apartó besándole los dedos.

-Es que... -Si seguía besándole los dedos de ese modo jamás terminaría la frase... es que yo...

-¿Tú qué? –preguntó él recorriéndole ahora el ombligo con la lengua.

-Yo... -Le acarició el pelo-. Tengo miedo de decepcionarte –dijo antes de perder el poco valor que le quedaba.

David se detuvo en seco y se incorporó un poco. La miró a los ojos y muy, muy despacio, se inclinó para besarla. Fue un beso distinto de todos los anteriores, una confesión de sentimientos, y mientras la conquistaba con los labios enredó los dedos entre los de ella. Siguió besándola, aumentando la intensidad y enamorándose más de ella con cada caricia. Llevó sus manos entrelazadas hasta su erección.

-Mírame. Jamás he estado tan excitado por nadie. Jamás. –Marcó cada palabra con sus directos ojos verdes.

Volvió a besarla y apartó su mano. Amanda dejó la suya donde estaba y empezó a acariciarle. Él se incorporó un poco más encima de ella y le recorrió el muslo con los dedos. Fue deslizándolos hacia arriba, hasta los pechos, y después de una leve caricia, terminó de desnudarla. Segundos más tarde, segundos en los cuales Amanda se sonrojó como nunca, estaban los dos desnudos y él la miraba con adoración.

-Tienes la piel más suave que he visto en toda mi vida. –Le recorrió el interior de un brazo con las yemas de los dedos-. Podría pasarme horas tocándote.

Amanda se estremeció sólo de pensarlo.

-Me gustaría hacerte tantas cosas –siguió hablando, como si no pudiera creerse lo que estaba diciendo-. Pero ahora no puedo. –Le temblaban las manos.

Ella entendió lo que estaba sintiendo, a ella le pasaba igual, y rodeándole el cuello lo atrajo hacia sus labios. Lo besó sin soltarle y con las manos le dibujó los

músculos de la espalda. David estaba encima de ella y los antebrazos le temblaban del esfuerzo que hacía para no aprisionarla bajo su cuerpo.

-Hagamos el amor –susurró Amanda.

Él entreabrió los ojos y se quedó mirándola. Ella había utilizado el plural. La mayoría de la gente no se fijaría en ese detalle, pero él lo hizo, y le gustó. Esa chica que le había conquistado el corazón no le pedía que él le hiciera nada, ni se ofrecía a hacerle nada a él: quería que lo hicieran juntos. El uno al otro... y eso le pareció la cosa más sexy que había escuchado jamás.

Incapaz de expresar en aquel instante todo lo que estaba sintiendo, David decidió que eso era precisamente lo que iban a hacer. Iban a hacer el amor. Y ahora se daba cuenta de que era algo que no había hecho jamás. Él y Eva jamás habían hecho el amor; por supuesto, habían tenido relaciones sexuales y, si era sincero, tenía que reconocer que en aquel entonces le habían parecido increíbles, incluso eróticas. Pero vacías de sentimientos. No era algo que hicieran juntos, era algo que se hacían el uno al otro. Como un intercambio. Sacudió la cabeza para apartar esos pensamientos tan desagradables y le bastó con mirar a Amanda a los ojos para saber que ése iba a ser uno de los mejores momentos de su vida.

Se besaron al ritmo que sus cuerpos se unían, y en cuanto sintieron piel contra piel, y ambos se reconocieron como almas gemelas, moviéndose al unísono, como si llevaran esperándose una eternidad. David parecía tener un sexto sentido que le susurrara dónde tocar a Amanda, y ella respondía a esas caricias con otras igual de intensas y demoledoras. Pronto los dos se precipitaron hacia el abismo y el orgasmo de ella provocó el de él. Ambos se sintieron arrastrados hacia un punto sin retorno: allí donde las almas se funden y los corazones se unen para siempre.

David trataba de recuperar la respiración. Levantó un poco la cabeza y vio que tenía los dedos de una mano entrelazados con los de Amanda. Jamás había hecho algo así. Y esta vez no se había dado ni cuenta, había sido un gesto inconsciente. Desvió la mirada hacia ella y vio que aún tenía los ojos cerrados. Se agachó y le dio un suave beso en los labios.

Amanda estaba temblando. Lo quería. Ahora sí que no tenía ninguna duda al respecto. Lo quería y tenía miedo de decírselo. Era demasiado pronto y él aún no se había recuperado del todo del desengaño de su mejor amigo y su prometida. Sólo de pensar en esa arpía se le helaba la sangre. Además, la mujer debía de estar loca. ¿Mal amante? Si llega a ser mejor, hacen arder la cama y no el horno como él había temido antes.

-Creo que voy a llamar a Eva –dijo él apartándose.

-¿Qué has dicho? –Escuchar el nombre de la bruja la puso a la defensiva.

-Sí, definitivamente voy a llamarla. -Fingió que se levantaba, pero de todos modos ella le rodeó el cuello para impedirsele.

-¿Para qué quieres llamarla? -preguntó después de darle un beso.

-Para darle las gracias -dijo él guiñándole el ojo y besándola por millonésima vez.

-¿Las gracias?

-Claro. Tal vez también debería llamar a Charles. -Tenía una sonrisa de oreja a oreja.

-Eres un caso.

-Lo sé. -Se apartó un poco de ella-. Vuelvo en seguida.

Fue al baño para deshacerse del preservativo. Cuando regresó llevaba algo en la mano, pero se lo ocultó antes de tumbarse a su lado para abrazarla.

-¿Te he contado por qué compré esta cama? -le susurró al oído

-¿Quieres decir que no lo hiciste sólo porque es una réplica exacta de una cama de estilo Luis XV?

-No, no lo hice sólo por eso. -Le recorrió la espalda con la lengua.

-¿Ah, no?

-No. -Le dio media vuelta para que quedaran el uno frente al otro-. Siempre he soñado con que algún día una preciosa mujer, con afición a los crucigramas, me ataría a los postes y me convertiría en su esclavo. -Sonrió y la besó.

Amanda le devolvió el beso, pero la imagen de David con las manos atadas a los postes para que ella pudiera hacer con él lo que quisiera no desaparecía de su mente. El muy pícaro lo había hecho adrede. Entreabrió los ojos y vio que lo que él había escondido eran unos retales de seda, seguramente de las telas para los sofás, y no pudo evitar sonreír.

-¿De qué te ríes? -dijo él apartándose un poco.

-De ti. -Volvió a besarle y aprovechó para alargar un brazo y hacerse con unos de los retales. Lo deslizó por el brazo de David y sintió cómo le recorría un escalofrío.

-¿Amanda? -preguntó un poco confuso y muy excitado.

-Túmbate. -Le empujó con un solo dedo y él obedeció-. Digamos que yo siempre he soñado con atar a una cama a un hombre con afición a los crucigramas.

Ambos se besaron con una sonrisa en los labios.

-Además -continuó ella-, he decidido hacer realidad todos tus sueños. Así que más vale que empiece ya. -Fue lo más cerca que estuvo de decirle que le quería, y por el modo en que él la miró, supo que lo había entendido.

7

A la mañana siguiente y muchos sueños más tarde, Amanda y David se despertaron abrazados.

-Buenos días –dijo él besándola. No podía parar de hacerlo.

-Buenos días –respondió ella sonrojándose.

-No puedo creer que aún tengas vergüenza. Después de todo lo que hemos hecho. –Le dio otro beso.

-No puedo evitarlo. –Le recorrió la espalda con los dedos-. Además, tampoco hemos hecho tantas cosas.

Él levantó una ceja.

-Amanda, créeme, hay partes de mi cuerpo que no sabía que podía mover así. Vamos, no te sonrojes. Ha sido maravilloso. La mejor noche de toooda mi vida.

-Para mí también.

-¿Qué te parece si nos duchamos, desayunamos y vamos a recorrer ese mercadillo de la semana pasada? –le propuso él levantándola en brazos.

-Tengo que ir a mi casa. –No sabía adónde la llevaba, pero cuando vio la enorme ducha en la que cabían como mínimo cuatro personas lo entendió.

-La cama y la ducha son mi única debilidad –dijo para justificarse-. Con el resto de la casa te dejo hacer lo que quieras.

Y la besó antes de que ella pudiera responder a ese comentario. Durante unos segundos, Amanda procesó que él le había dado permiso para decorar el resto de la casa, como si ya diera por hecho que iba a vivir allí, pero David empezó a recorrerle el cuerpo con las manos y dejó de pensar. Hicieron el amor allí, algo que ninguno de los dos había hecho jamás, y al terminar ella volvió a quedarse dormida.

David se tumbó junto a ella y estuvo observándola un rato. La quería. Sólo con mirarla era feliz. Hacer el amor con ella había sido maravilloso, pero no era sólo eso: hablar con ella, reírse con ella, buscar las piezas perfectas para la casa con ella... todo *con ella*. Aún era demasiado pronto para decírselo, pero eso no hacía que fuera menos cierto. Esperaría. Cada día la conquistaría un poco más y, cuando fuera el momento oportuno, le confesaría sus sentimientos y le pediría que se fuera a vivir con él. Decidido, y más feliz de lo que se había sentido jamás, se agachó para besarla. Ella se movió un poco pero no se despertó. No le extrañaba que

estuviera cansada, se habían pasado la noche entera haciendo el amor. Esa chica era la mujer más sensual del mundo, y sólo de pensar en que podía pasar el resto de noches de su vida con ella volvió a excitarse. Dado que no quería que creyera que era un bruto insaciable, se levantó y decidió ir al comedor a trabajar un poco.

Un par de horas más tarde llamaron a la puerta. ¿Quién podía ser? Hacía poco tiempo que se había mudado y sus hermanos tenían llave. Fue a abrir y se quedó helado.

-Hola, David.

No reaccionó. Mentira. Tuvo el impulso de insultarla.

-¿No vas a dejarme entrar?

-¿Qué quieres, Eva? –Se recordó a sí mismo que era un caballero y que no iba a rebajarse por esa mujer.

-Hablar contigo –dijo ella melosa-. ¿Vas a dejarme aquí, en la calle? – preguntó con voz sensual y haciendo pucheros.

Meses atrás la táctica le habría funcionado, pero ahora, después de conocer a Amanda y ver la sinceridad que siempre brillaba en sus ojos, podía distinguir perfectamente que trataba de manipularlo, y sintió arcadas.

-Pasa, pero sé breve.

-Claro.

Entró y él cerró la puerta tras ella. Le molestaba verla allí. Le molestaba que ocupara el mismo espacio vital que únicamente había ocupado Amanda.

-¿Qué quieres? –repitió él sin ofrecerle que se sentara.

-Casarme contigo.

Amanda estaba de pie en el pasillo y se quedó petrificada. El timbre la había despertado y había tardado unos segundos en saber dónde estaba. Oyó a David hablando con alguien y pensó que lo mejor sería que se vistiera, así que rescató su ropa interior de debajo la cama. El vestido era otro tema mucho más complicado: se lo había olvidado en el comedor. Creyó oír que se cerraba la puerta y pensó que volvían a estar solos, pero por si acaso, se puso la camisa de David antes de salir de la habitación. Había dado dos pasos cuando escuchó:

-¿Qué quieres?

-Casarme contigo.

Dios, no podía ser. Se acercó al comedor y desde la puerta vio a una impresionante mujer rubia frente a David. Era muy atractiva, alta, sofisticada y

vestida a la última moda. Llevaba unos vaqueros muy ajustados, unos que jamás podría ponerse ella, y unas botas preciosas. Le bastó una mirada para saber que era Eva. Se mordió el interior de la mejilla: al parecer el destino había decidido gastarle una broma de muy mal gusto.

-¿Qué has dicho? –preguntó David furioso.

-He dicho que quiero casarme contigo –repitió ella quitándose la chaqueta con unos movimientos más que estudiados-. Y antes de negarte escucha lo que voy a decirte.

Él no dijo nada. ¿Por qué no dijo nada? Y ella continuó.

-Mi padre me está haciendo la vida imposible. Dice que está harto de mis tonterías y que si no siento la cabeza tendrá que tomar medidas.

O dicho de otro modo, pensó Amanda, dejará de mantenerla.

-¿Y Charles? –dijo David enarcando una ceja.

La arpa se rió.

-¿Charles? Vamos, no digas tonterías. A mi padre jamás le gustará Charles. En cambio tú... Mírate. Eres perfecto: trabajador, responsable –lo dijo como si fueran insultos-, y por lo que sé, en todo este año no has estado con nadie.

Ah no, eso sí que no, Amanda no iba a tolerar que esa bruja volviera a herir a David. Se desabrochó dos botones del escote de la camisa y entró en la habitación. La cara de Eva no tuvo precio.

-Ah, hola, vengo a buscar mi vestido. –Caminó con pasos sensuales hacia David. Lo había visto hacer en miles de películas y no era tan difícil como parecía. Se detuvo frente a él y se puso de puntillas para darle un beso en los labios-. ¿Vuelves a la cama?

David la miró a los ojos con ternura y algo mucho más profundo. Iba a decirle que la quería, pero Eva volvió a hablar, recordándole su presencia.

-¿No lo dirás en serio? Mírala, pero si es... -La mirada de él le dejó claro que no terminara la frase-. Da igual. Supongo que tienes derecho a vengarte por lo de Charles. No importa. Te perdono.

-¿Me perdonas? –David empezaba a perder los estribos. ¿De verdad había estado a punto de casarse con eso?

-Claro. Si quieres, incluso puedes seguir viéndola después de la boda. Siempre que seas discreto.

Amanda no sabía si insultarla o tirarle de los pelos. ¡Y la muy estúpida siguió hablando!

-Yo puedo ayudarte mucho en tu carrera profesional. Y tú a cambio me ayudarás a tener a mi padre contento. Además, no puedes negar que nos lo pasábamos muy bien juntos. –Se acercó a él y le puso una mano en el pecho.

David retrocedió. No quería ni acordarse de que esa mujer le había tocado antes. Amanda malinterpretó el gesto y bajó la mirada. Tal vez debería irse y dejar que acabaran de resolver sus cosas. Dio un paso hacia atrás pero él le cogió la mano para impedir que se alejara.

-Eva, me das asco. –A la rubia le tembló un poco la mandíbula-. Y lo peor de todo es que quizá un año atrás tu proposición no me habría parecido tan horrible. Lo que teníamos tú y yo no era nada. Nada. Menos que nada. A Amanda hace sólo dos semanas que la conozco y hemos compartido más cosas de las que tú y yo tuvimos jamás.

Eva se rió burlona.

-Vamos, no pretenderás hacerme creer que *ella* es mejor que yo. Mírala.

-Lo hago. –Y la miró a los ojos.

-Eres patético. No sé cómo se me ha ocurrido hacerte el favor de darte otra oportunidad.

-¿Otra oportunidad? –Ahora fue él quien se burló-. ¿Otra oportunidad de qué? ¿De que volvieras a engañarme? ¿De utilizarme?

-Me marchó.

-Ya sabes dónde está la puerta.

Ni David ni Amanda se movieron hasta que Eva se hubo ido.

Estuvieron unos segundos en silencio y él se sentó en el sofá sin decir nada. Estaba helado y con la mirada perdida. Amanda cogió su vestido, que él antes había doblado con cuidado y dejado encima de la mesa, y fue a vestirse.

En la habitación Amanda pensó en lo que había ocurrido. Estaba enamorada de David, pero él había pasado un año horrible sintiéndose inseguro después de que le traicionaran dos de las personas más importantes de su vida. Eva, a pesar de ser una arpía sin corazón, era muy atractiva y era innegable que podía ayudarle mucho en su carrera profesional. Tal vez David ahora no lo creyera así, pero... ¿y si dentro de unos meses cambiaba de opinión?, ¿y si se aburría de estar con una chica como ella? Ella era de lo más normal, y ni en sueños podía compararse con una rubia de metro setenta perteneciente a la alta sociedad británica. Salió de la habitación y fue a buscarlo. Él seguía sentado tal y como lo había dejado antes.

-¿Estás bien? –preguntó desde la puerta.

Tardó unos instantes en responder.

-Sí, no. No sé.

-Vaya, ahora lo tengo mucho más claro –dijo ella con una sonrisa-. Creo que será mejor que me vaya. –Cogió su bolso y caminó hacia él-. ¿Me llamarás?

David asintió con la cabeza y ella salió de la casa sin decir nada más.

8

Amanda caminó por la calle intentando no llorar. No iba a llorar. David iba a llamarla y todo acabaría bien. Pero si eso era así, ¿por qué tenía la sensación de que no podía ni respirar?

David no podía moverse. Eva había ido a pedirle que se casara con él. Bueno, más que a pedirselo, a ordenárselo. Se le revolvía el estómago sólo de pensarlo. ¿De verdad había tenido intención de casarse con ella? Se puso de pie de golpe. ¿Dónde estaba Amanda? Mierda. Se había ido. Él se había quedado aturdido como un idiota y ella se había ido. ¿Acaso no sabía que sin ella no podía funcionar? ¿Que sin ella no podía vivir? Cogió las llaves y salió corriendo. Tenía que alcanzarla. Tenía que alcanzarla y besarla. Quizá cuando la hubiera besado unas mil veces podría tranquilizarse y quitarse de encima el frío que se había instalado en su cuerpo tras la visita de Eva. Corrió por la calle sin importarle que la gente lo mirara como si estuviera loco. Lo único que le importaba era Amanda. La vio a lo lejos y gritó su nombre.

-¡Amanda!

Ella siguió caminando. Vio que levantaba una mano para frotarse la cara. Estaba llorando. Aceleró aún más, no podía soportar que ella llorara por su culpa.

-¡Amanda!

Por fin se detuvo y despacio se dio media vuelta. Lloraba, pero le sonrió con dulzura y esperó a que la alcanzara.

-¿Estás bien? –preguntó ella preocupada.

Se agachó y la besó. Le sujetó la cara con las manos y la besó. Le recorrió los labios con la lengua hasta que ella se rindió a él y la devoró. La pegó a su torso y ella pudo sentir lo rápido que le latía el corazón.

-Te quiero –dijo él al soltarla-. Te quiero. Sé que es demasiado pronto. Sé que es una locura, pero te quiero.

Volvió a besarla para evitar que ella pudiera corregirle o decirle que se equivocaba.

-Te quiero –repitió él, incapaz de dejar de decirlo-. Y aunque no te lo creas eso no se lo había dicho jamás a nadie. Te quiero. –La besó otra vez pero ahora ya con más suavidad.

-¿Ni a Eva? –se obligó a preguntar ella.

-No, supongo que en el fondo siempre supe que no la quería. Amanda, te quiero.

-Sólo hace dos semanas que me conoces –dijo ella-. Y soy la primera mujer con la que estás después de...

-No sigas. –La abrazó-. Eres la primera mujer, y la única, con la que quiero pasar el resto de mi vida. Y punto. No te atrevas a insinuarme que dentro de un mes o un año me aburriré de ti; y te juro que si haces algún comentario sobre tu físico te ataré a la cama hasta convencerte de que eres la mujer más preciosa y sensual del mundo. –Sonrió pero le brillaban los ojos-. Te quiero. Cuando se ha ido Eva me he quedado helado pensando en lo cerca que había estado de no conocerte jamás. No podía ni moverme; no paraban de pasarme imágenes de mi vida sin ti y ha sido insoportable. Y cuando he visto que ya no estabas me he dado cuenta de que no podría pasar ni un día más en casa sin ti; necesitaba decírtelo mirándote a los ojos. Te quiero. Dios –se rió de sí mismo-, no puedo dejar de decirlo.

-Yo también te quiero –susurró ella contra su pecho.

-¿Qué has dicho? –Le temblaban las manos pero colocó un dedo bajo su barbilla para levantarle la cabeza.

-He dicho que yo también te quiero –repitió mirándole a los ojos-. Sé que es demasiado pronto. Sé que es una locura, pero te quiero –repitió sus mismas palabras.

David bajó la cabeza y la besó sin ocultar ya que le había entregado su corazón. Segundos, o una eternidad más tarde, se apartó de ella.

-¿Te apetece desayunar? –Sonrió-. Si no recuerdo mal, aún te debo la cena de ayer. Además, tengo una sorpresa para ti.

-¿Ah, sí? ¿Qué?

Empezaron a caminar de regreso a la casa que iba a convertirse en su hogar.

-He comprado todos los periódicos del día. –Lo había hecho mientras ella aún estaba dormida y antes de la visita de su ex prometida-. Creo que tienes un total de cincuenta crucigramas por resolver. Así que tú tienes cincuenta piruletas por ganar y yo cincuenta besos por recibir.

-¿Sólo cincuenta?

-Para empezar. He estado pensando...

-¿Qué?

-¿Qué te parecería si cada día compro todos los periódicos del Reino Unido? ¿O los de Europa entera? ¿Cuánto tardarías en resolver todos esos crucigramas?

-Toda una vida –respondió ella mirándole a los ojos.

-Genial. Ese era precisamente el margen de tiempo que iba a darte.

Y volvió a besarla.

No te olvides de visitar mi
página web
www.annacasanovas.com
y contarme si te ha
gustado.